destos comunicantes 'subculturales". A cada una de las personas se le interrogó durante varias horas sobre temas tales como la cultura, la educación, la vida de familia, los estratos sociales, las creencias y los ideales puertorriqueños. Las respuestas ofrecen diversidad de interesantes y contradictorias ideas. Para interpretar las respuestas el autor, lamentablemente, apenas si llega a conclusiones propias de sus observaciones y reflexiones sobre la vida de Puerto Rico. Lo que sí nos ofrece es una teoría de la educación, sobre la que había tratado en un libro anterior y que en éste aplica a la escena puertorriqueña. Se trata de una teoría que no complace al que estas líneas escribe. Le pide a la educación que se "concentre en un fin" y sea "futurista". Pide que las escuelas asuman la responsabilidad de "formar una personalidad modelo" que se destaque en características corrientes y admiradas; que se creen "hábitos de interacción" por medio de grupos dinámicos; se ayude a las familias a bregar con sus preocupaciones en lugar de limitarse a la investigación; salvar la distancia entre los niveles implícitos y explícitos de las creencias (lo que sería la ruina de la vida imaginativa y artística); alentar a los alumnos a que bosquejen y analicen las funciones del maestro. La impaciencia que el autor manifiesta para que se "establezca una opinión general democrática" y se "logren compromisos sin ejercer coacción" (y, naturalmente, "sin proselitismos desde arriba") refleja no sólo un espíritu mediador, quizás, sino la visión achatada y sin pizca de humor del pedagogo profesional. Comparar, como lo hace el autor, la planificación usual para una isla semisocialista compuesta de felices comunidades amantes del campo con los "doscientos años de prodigioso trabajo" que precedieron al Renacimiento italiano —como si el Renacimiento italiano fuera una especie de Futurama medieval— significa una limitación tal en la perspectiva histórica que está a punto de desvirtuarla.

En la última parte del libro el autor propone treinta y ocho ideas para otros tantos experimentos educacionales en Puerto Rico. Ni uno solo tiene relación directa con procedimientos de formación intelectual. Si las escuelas de Puerto Rico pudieran enseñar a sus jóvenes a leer y disfrutar de los libros, este sería un regalo magnífico, superior a todos los consensos imaginables.

RICHARD M. MORSE
Universidad de Puerto Rico

BENJAMÍN HIGGINS, *Economic Development-Principles, Problems and Policies,* Nueva York: Norton and Company, 1959, 803 págs.

Dirigido en particular a los estudiantes que aún no se han gradua-

do de colegio "la tesis principal de este libro de texto está en la necesidad de romper con los moldes tradicionales del pensamiento en cuestión de economía cuando se trata de analizar el proceso del desarrollo económico." (pág. 766) Que el autor haya tenido éxito en su tesis principal es más bien dudoso. De una cosa estamos ciertos y es de que este es el mejor libro de texto que se ha publicado sobre el tema. En él su autor presenta al estudiante la naturaleza del problema del desarrollo, le brinda un valioso resumen de textos acerca del progreso económico, y hace un examen investigativo de la política que siguen en su desarrollo económico los países subdesarrollados. El profesor Higgins goza de gran experiencia práctica en los países asiáticos y de la América Latina, lo que le permite ilustrar los problemas del progreso económico con datos relevantes y empíricos.

El libro se divide en cinco partes con un total de treinta capítulos. La primera parte es la introducción y se compone de dos capítulos. Trata de definiciones y conceptos y examina el problema del desarrollo económico de India, Indonesia, Italia, Libia, México y las Filipinas. La conclusión que deriva el autor de este estudio es la de que "hasta cierto grado, por lo menos, cada país subdesarrollado es un caso diferente" no sólo por sus características sino por la "escala" de variedades. (pág. 82). La segunda parte describe la evolución de la teoría clásica del desarrollo económico en los diferentes modelos: el marxista, el de Schumpeter, el equilibrado de Harrod y lo que requiere el de Hansen para un progreso continuo. Todas las teorías hacen hincapié en la acumulación "amplia" e "intensa" de capital y en las mejoras tecnológicas. A menos que se tenga en cuenta las medidas compensatorias monetarias y de intervención de Hansen, acerca de las cuales ni los harrodianos ni los schumpetrianos ocultan su excepticismo, todas las teorías encierran la tendencia propia de las economías capitalistas, de que dejan de desarrollarse una vez que han alcanzado un grado avanzado de progreso. Todos los economistas de que se trata en esta parte del libro convienen en que la expansión del comercio y las inversiones internacionales proporcionan una "válvula de escape" para el estancamiento en los países desarrollados y contribuyen a la expansión de los países subdesarrollados.

La tercera parte que consta de dos capítulos ofrece un rápido estudio de las enseñanzas que pueden obtenerse del récord de desarrollo económico capitalista. En esta parte del libro es que se trata, siquiera sea de pasada, de la famosa teoría de Rostow de "partir" camino del desarrollo económico mantenido por sí mismo. En la cuarta parte, durante siete capítulos, se trata de teorías escogidas relacionadas con el subdesarrollo. El autor nos ofrece en esta parte un corto resumen de los factores del desarrollo económico. El capítulo quince trata, de

un modo inconcluso, los efectos de "retroceso" en contraposición a los de "desparrame" del comercio extranjero en el desarrollo de la economía de los países subdesarrollados. También expone hasta qué punto la tendencia a largo plazo en los términos de comercio resultará en contra de los países que exportan materias primas y comestibles.

Por último, la parte quinta del libro trata, en sus trece capítulos, de la política a seguir según las circunstancias, por parte de los países subdesarrollados, a fin de "partir" camino de un progreso económico que se sustente por sí mismo. Especialmente los capítulos que se refieren a los ahorros, la estabilidad, el sistema de contribuciones, política de impuestos, inversiones extranjeras y ayuda del exterior están muy bien escritos, razonados y documentados. En el último capítulo el autor resume la tesis principal del libro y hace amplias deducciones indicando las lagunas que deben llenarse por medio de la investigación. No termina el libro con conclusiones sino con súplicas a los gobiernos de los países subdesarrollados para que mantengan un sistema de datos fidedignos; a organizaciones que patrocinen investigaciones para hacer más factible que haya más recursos de carácter tecnológico y social-sicológico en el desarrollo económico; y asimismo a sus colegas científicos para que se preocupen más de problemas de esta índole.

Los deseos del autor, aunque no del todo satisfactorios, para dar fuerza a la teoría de que se preste más atención a los aspectos sicológicos, sociológicos y políticos del desarrollo económico y que se asimilen éstos a la política económica a seguir, merecen encomio. Esta cualidad sobresaliente del autor hace que su obra sea más útil a los que formulan la política y a los técnicos gubernamentales que a los alumnos aún no graduados para quienes el libro fue escrito.

La obra de Higgins es una valiosa aportación a la voluminosa cantidad de literatura que sobre el desarrollo económico se ha publicado en la década del 1950. La concienzuda labor de Higgins y su paciente análisis le da derecho a formar parte del exclusivo grupo integrado por Myrdal, Nurkse, Lewis, Rao, Meir, Baldwin, Youngson, Bauer, Yamey, Kindleburger y Leibenstein.

MOHINDER S. BHATIA
Junta de Planificación de Puerto Rico